

# MEGAN MAXWELL

## ¡NI LO SUEÑES!



# *¡Ni lo sueñes!*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2013  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: GoodMood Photo - Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: abril de 2017  
ISBN: 978-84-08-16278-0  
Depósito legal: B. 3.229-2017  
Composición: Victor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Dos días después el humor de Rubén era pésimo. Cada vez que aparecía una enfermera para cogerle una vía, revisarle algún gotero o darle alguna medicación, protestaba. Todas las que al principio se habían peleado por atenderlo ya no querían ni acercarse a su planta. Era tal su grado de intolerancia que comenzaron a pensar que el simpático jugador español del Inter de Milán se había vuelto loco.

Por la tarde, cuando llegó Jandro, intentó hablar con él. Si el mexicano no conseguía hacerlo sonreír, no lo haría nadie. Y sí, Jandro lo consiguió. Cuando entró una joven rubia en la habitación, Jandro dijo en español:

—Mira, colega... una linda italiana viene a visitarte.

Rubén miró a la joven de arriba abajo: rubia, con una coleta algo deshilachada y unas horribles botas militares. Sorprendido por el comentario de su amigo, sonrió con desgana.

—Colega, tu gusto por el sexo opuesto va de mal en peor.

Jandro miró a la joven que seguía sonriendo, sin inmutarse por aquel despectivo comentario. Dedujo que ella no se había enterado de nada y suspiró. De repente, sonó el móvil de Rubén, que contestó contento al comprobar que se trataba de una de sus chicas. Habló con ella unos segundos y cuando colgó, comentó:

—Estefanía te manda recuerdos.

—¡Wooo me alegra saberlo! —se mofó Jandro—. ¿Está en Italia?

—No, dice que ha leído la noticia de mi lesión en un periódico

portugués. Cuando haga escala aquí ha prometido visitarme. Y ya sabes lo que quiere decir eso...

—Qué suertudo eres, amigo. ¡Menuda potra!

Siguieron con la guasa cuando Rubén reparó de repente en que la muchacha continuaba allí leyendo el informe de su fractura, y cuchicheó:

—¿Tú has visto el enorme trasero que se le ve con esa bata blanca? Y eso por no hablar de... pero ¿dónde se ha dejado esta mujer los pechos?

—Rubén... calla... —le recriminó Jandro. Estaba exagerando.

En ocasiones ambos eran mordaces con las mujeres y ésta estaba siendo una de esas veces. Por su condición de futbolistas famosos, las nenas más impresionantes de la Tierra se tiraban a sus brazos y ellos sólo tenían que elegir. Ésa era una de las cosas que más le gustaban de la fama, aunque otras no eran tan de su agrado.

—Pero si no se entera de nada —se mofó Rubén tocándose su apreciada melena—. ¿No lo ves? ¿Verdad que no, *bella*?

Al escuchar aquel calificativo tan italiano, la joven lo miró y sonrió con coquetería. Divertido por aquello, Rubén prosiguió:

—Mira, colega, a excepción de dos bombones morenos que tengo localizados y de los que ya he conseguido el teléfono, en este hospital están las tías más feas y asexuales que he visto en mi vida.

Jandro se carcajeó, mientras la enfermera continuaba observando la pierna de su amigo y apuntaba algo en una *tablet*.

—Sinceramente Jandro... ésta no es de las más feas, pero deja mucho que desear. ¿Te acuerdas de cuando te lesionaste en Francia? *Oh là là*... allí sí que eran guapas las chicas.

—Oh, sí... —evocó Jandro—. ¿Recuerdas a Guillermine?

—Oh, sí. Grandes pechos. Culo respingón.

—Y ardiente... —suspiró Jandro.

—Una diosa en la cama y fuera de ella. Así me gustan las mujeres: arregladas, femeninas, *bellas*, explosivas... No como esta pobrecita... ¿Has visto qué pelos lleva? —Jandro asintió. Esa mujer con su coleta mal cogida en lo alto de la cabeza no tenía nada que ver con lo que su amigo acababa de describir—. Y ya no hablo de que va con botas horrosas, antimorbo.

La joven seguía a lo suyo mientras ellos despotricaban sin parar sobre su apariencia, hasta que Jandro susurro:

—Todo lo que tú digas, pero ésta tiene un trasero perfecto para darle un buen azote.

—Un trasero bien gordo, dirás —se mofó Rubén mirando a la joven, que seguía sin inmutarse—. ¿Qué crees que dirá si le doy un azote?

—Nada: eres Rubén Ramos, «el toro español», el conquistador y caramelito del Inter de Milán. Si se lo das con dulzura le gustará y te facilitará su número de teléfono.

—Dios me libre, ¡espero que no!

Siguieron con el cachondeo y Rubén miró con picardía el trasero de la enfermera. Lo iba a hacer, iba a darle un azote; pero cuando levantó la mano con disimulo oyó:

—¡Ni lo sueñes!

Rubén dejó la mano sobre la cama y la joven de la bata blanca lo miró con una amplia sonrisa y añadió en perfecto español:

—Si se te ocurre tocarme, te voy a dar tal tortazo que vas a aprovechar de él hasta el ruido, ¿entendido?

Los dos jugadores, sorprendidos, intercambiaron una mirada que ponía en evidencia que la habían cagado, los habían pillado en un renuncio. Ella, sin embargo, no dejó de sonreír en ningún momento y continuó:

—Si tocas mi gordo trasero sin permiso, cuando toque tu do-

lorida tibia, con permiso, seguro que no lo voy a hacer con mucha dulzura, porque a mí, ni los toros españoles ni los caramelitos como tú me impresionan; ¿entendido, señor Rubén Ramos?

Aquella mujer hablaba perfectamente español y les había estado entendiendo en todo momento. Sin más, se dio la vuelta y se marchó. Cuando se quedaron solos, se partieron el pecho, mientras Jandro, sin parar de reír, dijo:

—¡Qué bueno, güey!

Divertidos, continuaron riendo mientras recordaban una y otra vez lo ocurrido.



Aquella tarde, cuando a Rubén lo sentaron en una silla de ruedas para bajarlo a la sala de rehabilitación, la incomodidad de su pierna le hizo blasfemar con dureza. Las enfermeras que se habían congregado a su alrededor, nerviositas, se marcharon despavoridas al escucharlo. Rubén se lo agradeció. No tenía ganas de sonrisitas bobas ni nada de lo que solía recibir de muchas mujeres. Era un icono sexual en Milán, un hombre deseado por su físico y sus triunfos.

Al final fue un enfermero quien lo llevó hasta la sala de rehabilitación en el ascensor. Una vez allí, lo dejó solo y se marchó a buscar a su fisioterapeuta.

Su humor era oscuro, negro, más bien. Todavía no había asimilado la mala suerte de su fractura y menos aún todo el tiempo que estaría alejado de los terrenos de juego. Su lesión estaba considerada una de las peores para un futbolista, y justo le había tenido que tocar a él. ¿Podía tener peor suerte?

Pues sí, pensó cuando vio llegar a la joven que el día anterior había estado en su habitación. Rubén, al verla, maldijo: ¿por qué ella? El enfermero le entregó unos informes a la fisioterapeuta y, antes de marcharse, miró a Rubén y le avanzó:

—Te dejo en unas excelentes manos.

—Deja que lo dude —respondió Rubén sin disimular su desagrado.

La fisioterapeuta, sin inmutarse ni parar de sonreír, agarró los mangos de empuje de la silla de ruedas y lo desplazó hasta un la-

teral de la sala. Con tranquilidad, se sentó cerca de él y comenzó a leer los informes médicos. Rubén no habló; ella tampoco. Hasta que por último, con la mejor de sus disposiciones, ella decidió presentarse:

—Mi nombre es Daniela...

—Vaya, te llamas como mi perra.

Lo miró fijamente, anonadada: aquello iba a ser insufrible. Estaba claro que cuanto más lejos lo tuviera, mejor. Pero ella era una profesional y, sólo tenía dos opciones: enfadarse o pasar de él. Así que al final optó por la segunda.

—Mmmm... me encanta saber que tuvo el buen gusto de ponerle mi bonito nombre a su perra.

Rubén la miró. Estaba seguro de que ella iba a mandarlo a paseo, pero no. Ella prosiguió, tan sonriente como hasta entonces.

—Como decía, soy Daniela y voy a ser su fisioterapeuta de las mañanas. Hemos dividido su proceso de rehabilitación en dos bloques. Su entrenador me ha solicitado que sea yo quien lo atienda por las mañanas; por las tardes, será Piero, un compañero y excelente profesional, quien trabaje con usted.

—¿Mi entrenador?

—Sí, el señor John Norton: conoce mi trabajo y sabe que puedo ayudarlo

Rubén cabeceó. Se mordió la lengua y por una vez no dijo nada mientras ella indicaba:

—No se preocupe; entre todos vamos a conseguir que su perra vuelva a ser lo que era. —Y mirando el informe que el doctor le había pasado añadió—: Por lo que veo, su doctor le quitará los clavos en un plazo de unas cuatro semanas si no presenta complicaciones y...

—Vale, guapa —cortó malhumorado—. Déjate de rollos y comencemos.

Su tono rudo y despectivo consiguió que Daniela retirara la atención del informe médico y lo fulminara con la mirada. Dejó los documentos sobre la mesa, se cruzó de brazos y, dibujando una sonrisa en su rostro, lo retó:

—Gracias por lo de «guapa».

—No te emociones.

Daniela se levantó con gracia y contestó, omitiendo su último comentario:

—Sabiendo lo que piensa de mí, ¡es todo un halago!

—No te lo tomes al pie de la letra, quizá he exagerado un poco, guapa —siseó Rubén.

Ella volvió a sonreír. Eso lo desconcertó.

—Si me llama Daniela, le irá mejor la recuperación: créame.

Rubén la miró y al ver que ella seguía sonriendo, cejó en sus intentos por molestarla.

—Vale... comencemos, Daniela.

Y se pusieron manos a la obra. Como era de esperar, Rubén no le facilitó las cosas. Hacía lo que ella decía, pero protestaba. Protestaba demasiado. Ella aguantó estoicamente el mal humor del jugador sin perder la sonrisa y, cuando por fin llegó el enfermero para llevárselo, le dio dos golpecitos en el hombro y dijo:

—¡A descansar! Recuerde que mañana tiene otra cita conmigo.

—¡Qué emoción!

Ella soltó una carcajada y se dio la vuelta para atender a otro paciente que entraba. Rubén la observó con el ceño fruncido. Aquella era una auténtica tocapelotas, se le veía en la cara.

Al día siguiente, cuando Rubén abrió los ojos, se sorprendió al ver a sus padres y hermanas en la habitación del hospital. Todos lo miraban.

—¡¿Mamá?! ¡¿Papá?! ¿Cuándo habéis llegado?

—Vale... nosotras somos invisibles, ¿no? —se mofó su hermana mayor, Malena.

—Hace una hora, hijo —respondió su padre haciendo caso omiso del comentario de su hija—. Y antes de que digas nada: o traía a tu madre para que te viera o nos costaba el divorcio.

La mujer, con la barbilla temblona, se acercó a su adorado hijo y, tras darle un candoroso beso en la frente, murmuró emocionada:

—Ay, mi niño... Ay, mi Rubén... Ay, mi príncipe... ¿estás bien?

—Mami... mami... —la mimó Olivia, la pequeña de los hermanos—. Está bien, ¿no lo ves?

El futbolista, emocionado por tener cerca a la mujer que le había dado la vida y a la que tanto quería, sonrió y susurró con cariño:

—Mamá, estoy bien; —y añadió cogiéndole las manos—: Todo va bien, mi pierna pronto estará curada, no te preocupes.

—Pero ¿cómo no me voy a preocupar, mi niño? —cuchicheó pasándole la mano por el pelo.

—Mama, créeme, ¿vale?

—Tranqui, mamá, que de ésta no la palma —señaló divertida Malena.

La mujer al escuchar el comentario de su hija, la miró y susurró:

—Parece mentira que la médica de la familia seas tú. Tú hermano está postrado en la cama de un hospital y tú, tan pancha; ¿es que no lo ves?

—Mamá, ¡soy odontóloga!

Malena intercambió una mirada cómplice con su hermano, sin que su madre los viera, y ambos rieron a hurtadillas.

—Vale, mamá. Me callaré —cedió por último.

Su padre suspiró. Sus tres mujeres lo volvían loco y desde hacía años había optado por callar y dejar que se mataran entre ellas:

era lo mejor. A Rubén le entraron ganas de reír al ver el gesto desesperado de su padre, pero finalmente prefirió poner paz.

—Basta de dramas. Estoy bien, mamá: te lo prometo.

Al escuchar esto, su madre lo besuqueó durante un buen rato. Rubén aguantó sus monerías con paciencia hasta que, de pronto, su hermana Olivia sacó del bolso un sobre y se lo entregó.

—¡Sorpresita! Vamos, ábrelo.

Sin más, lo hizo y se quedó alucinado cuando descubrió que se trataba de una invitación de boda. Malena, al ver la cara de su hermano, soltó una risotada y añadió, para descontento de su madre y hermana:

—Sí, hijo, sí, esta descerebrada se casa.

—¡Malena! —protestó su madre

—¿Que te casas?!

La futura novia intercambió una inquisidora mirada con Malena.

—Sí. Jacobo y yo hemos decidido dar el gran paso —anunció después de haber mirado molesta a su hermana.

—Di mejor... la gran cagada.

—¡Malena! —volvió a recriminarle su madre.

Rubén observó a su padre, que se encogió de hombros mientras su hermana mayor se acercaba a ellos y decía:

—Vamos a ver, Olivia tiene sólo veintitrés años; ¿cómo podéis permitir que se case? Pero ¿es que todavía no os habéis dado cuenta de que vivimos en el siglo XXI? Casarse a su edad ¿es un sacrilegio! Ella lo que tiene que hacer es vivir, pasarlo bien y disfrutar de su juventud. Tiempo para casarse y cagarla siempre habrá, ¿no crees?

—Mamaaa —gimoteó Olivia.

La mujer abrazó a la joven y, mirando a su hija mayor, le reprochó:

—Desde luego, Malena, lo tuyo es tremendo.

—No, mamá, lo tremendo es lo que va a pasar. Olivia se va a casar y dentro de cuatro o cinco años le ocurrirá lo mismo que a mí. Se divorciará y...

—¡Jesús del Gran Poder! ¡No digas eso, hija! —voceó—. Que tú te divorciarás no quiere decir que ella también vaya a hacerlo; pero ¿qué estás diciendo?

Tras un incómodo silencio en el que su padre y Rubén se miraron, Malena decidió callar. Era lo mejor. Olivia dejó de gimotear, y mirando a su hermano preguntó:

—¿Te gusta la invitación?

Malena puso los ojos en blanco y, tras una recriminatoria mirada de su padre, Rubén contestó.

—Sí, Olivia, es muy bonita.

—Es preciosa, clásica y elegante —afirmó su madre arreglando las sábanas de la cama.

Rubén volvió a mirar a su padre y éste se encogió de hombros. Eso lo hizo sonreír, y entonces su madre prosiguió.

—Por cierto, como habrás visto es el trece de abril en los Jerónimos.

—Y encima ¡trece! Uisss qué mal rollitooo —cuchicheó Malena haciendo reír a su hermano.

Su madre, tras dedicarle otra punzante mirada a su hija mayor, continuó:

—Ni que decir tiene que te quiero allí ese día; ¿entendido, hijo?

—Lo intentaré, mamá.

—No... No lo intentarás. Lo harás —afirmó la mujer con convicción—. Es la boda de tu hermana y tienes que estar sí o sí.

—Rubénnnn —pidió Olivia—. No puedes faltar al día más maravilloso de mi vida. Porfi... porfi... porfiii.